

## 705-706 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO TERCERO. SOBRE LA ALABANZA DE LOS AZOTES Y, COMO DICEN, DE LA DISCIPLINA.

### ARGUMENTO.

Intenta demostrar con muchas razones que debe restablecerse la costumbre, interrumpida por los monjes del monasterio de Montecasino, de flagelarse el cuerpo en presencia de todos los días que preceden al sábado.

A los santos hermanos que viven en la escuela celestial del Monte Casino, PEDRO, pecador monje, en servicio.

La observancia del viernes, amadísimos, al que vuestra santa devoción ha dedicado tanto la abstinencia del ayuno saludable como la disciplina de los azotes apostólicos, ha atraído a multitudes de hombres como ejemplo de salvación, y como un nuevo olivo de plantación divina ha brotado en retoños de exuberantes germinaciones. No solo son testigos de esto vuestros monasterios, es decir, aquellos que se alegran de imitar las huellas de sus maestros, sino también las multitudes de ciudades y aldeas, que se unen y se regocijan al adoptar esta misma institución con aplauso. Tanto es así que muchos, por el ardor de la devoción concebida, si no adoptan rápidamente la regla de esta observancia, no se consideran a sí mismos como soportando una pérdida leve de su propia salvación; sin dudar en absoluto, porque mientras se sacrifican en el día de la cruz mediante la continencia corporal de los alimentos, participan verdaderamente en la pasión del Redentor; y no creen en vano que llegarán a la gloria de la resurrección del Señor; mientras, con Cristo colgado en la cruz, también crucifican las tentaciones de su carne a través del patíbulo de la abstinencia negada. De ahí que el Apóstol diga: «Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él; si morimos con Él, también viviremos con Él (II Tim. II).» Y de nuevo: «Si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección (Rom. VI).» Y poco después: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él (Ibid.).»

### [SOBRE LA ALABANZA DE LOS AZOTES Y LA DISCIPLINA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Cuánta es la astucia del demonio.

Pero debe saberse que el enemigo del género humano, cuando no puede arrebatarse todo el sacrificio de las manos de los oferentes, al menos intenta, como una arpía, llevarse alguna parte. De ahí que, cuando Abraham ofreció a Dios un sacrificio de diversos animales, está escrito: «Que descendieron aves sobre los cadáveres, y Abraham las ahuyentaba (Gen. XV).» Las aves descienden sobre los cadáveres sacrificados, cuando las potestades aéreas se precipitan para arrebatarse el sacrificio de nuestros cuerpos afligidos; para que, o bien arrebaten todo de las manos de los que oran, o bien se aplaudan a sí mismas con una parte arrebatada como si fuera un botín de victoria triunfal.

De ahí que el autor del antiguo espíritu de soberbia, a través de las bocas de algunos, como a través de los órganos de sus vasijas, os reprocha, diciendo: No es del todo reprochable mortificar el cuerpo con el ayuno, pero es demasiado vergonzoso e indecoroso desnudarse ante los ojos de tantos hermanos que miran. ¿Y de dónde procede esta voz, sino de aquel que hizo que nuestros primeros padres se avergonzaran de su desnudez? (Gen. II.) Antes de la voz de la serpiente, dice la Escritura: Estaban ambos desnudos, Adán y su esposa, y no se avergonzaban. Pero después de que la astucia del dragón astuto les infundiera sus consejos venenosos, inmediatamente está escrito: «Y cuando supieron que estaban desnudos, cosieron

hojas de higuera y se hicieron delantales (Gen. II).» Me atrevo a decir, amadísimos hermanos míos, que cualquiera que se avergüence de desnudarse para sufrir con Cristo, sin duda ha escuchado las palabras de la serpiente; y porque se avergüenza de su desnudez, al igual que el primer padre, se oculta de los divinos, por así decirlo, aspectos: «Oí tu voz en el paraíso, y tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí (Ibid.).» Y en verdad, sin duda, se oculta de la faz de Dios quien se niega a llevar el oprobio de Cristo, cuando el Apóstol dice: «Salgamos, pues, fuera del campamento, llevando su oprobio (Hebr. XIII).»

Por lo tanto, el hermano humilde sale fuera del campamento con Pablo y no teme llevar el oprobio del Salvador; pero el soberbio y arrogante busca con el primer padre un escondite, para evitar la vista de Dios que todo lo ve; sin duda es de aquellos a quienes se les dice: «Apartaos de mí, obradores de iniquidad, porque no os conozco (Luc. XIII).» No os conozco, dice, porque no os vi huyendo de mí, es decir, reproché la soberbia de vuestra altivez.

## CAPÍTULO II. Quiénes se ocultan de la faz de Dios.

Sin embargo, cuando al inicio de esta saludable observancia cada uno de vosotros recibía la disciplina desnudo, y no temía la ignominia de la desnudez; ¿quién os fascinó después y os enseñó a avergonzaros de la pasión de Cristo, que es la gloria del mundo y la salvación de los hombres? Sin embargo, lejos de mí está el presumir de inferiros, a vosotros, mis señores, lo que el Apóstol dice a los Gálatas: «Así, dice, ¿sois tan necios que, habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne? (Gal. III).» Sin embargo, diré audazmente lo que, reprochando a los Corintios, dice: «Porque de buena gana soportáis a los insensatos, siendo vosotros mismos sabios. Soportáis si alguien os esclaviza, si alguien os devora, si alguien toma de vosotros, si alguien se ensalza, si alguien os golpea en el rostro (II Cor. XI).» ¿Quién dudará que todas estas cosas pertenecen a la enseñanza de los que dogmatizan perversamente? Sin embargo, como Dios dijo a Adán: «¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino que comiste del árbol del cual te mandé que no comieras? (Gen. III).» así no sin razón puede dirigirse a vosotros con severidad: ¿Quién os indujo a temer llevar la ignominia de la cruz de Cristo, sino porque escuchasteis las palabras de alguien que os aconsejaba mal?

De ahí también que, cuando me informé diligentemente sobre la causa, me respondisteis sencillamente que, en efecto, el cardenal de piadosa memoria Esteban se burló de esto, y, como despreciando y execrando la cosa indigna, prohibió absolutamente que se hiciera en adelante. No es de extrañar, cuando el Apóstol dice: «La palabra de la cruz es locura para los que se pierden; pero para nosotros, que somos salvos, es poder de Dios (I Cor. I).» Aunque creo que el señor Esteban floreció en algunas virtudes por la gracia de Cristo, se decía que sufría de la enfermedad de la altivez, como lo impulsaba el fervor de la juventud: y, tal vez, por el justo juicio de Dios omnipotente, sucedió que por esta falta de palabra incurrió en una muerte repentina. Pues, en un breve espacio de tiempo después de haber pronunciado estas palabras a vosotros, recibió el antídoto. Invitado por la festividad de la B. Escolástica virgen, como si estuviera vigoroso y ya sano, se levantó para el oficio nocturno, y ese mismo día él primero, luego su hermano menor, murieron repentinamente, y al día siguiente fueron sepultados juntos.

Y tal vez dignamente se puede creer que esto fue dispuesto por la moderación divina para que aquel venerable hermano incurriera en el juicio de una muerte imprevista precisamente en el día de aquella virgen contra cuyo monasterio había pronunciado la arrogancia de un discurso imprudente; de modo que por esta culpa su alma no sufriera daño alguno, por la cual su carne, cayendo tan repentinamente, soportó la pena de una muerte momentánea. Pues a

menudo la misericordia de la justicia divina se mezcla de tal manera que en esta vida el pecador recibe la retribución digna del crimen cometido, para que allí evite la venganza de la condenación eterna; y aquí lo golpea la pena de un castigo que termina, para que allí evite la venganza que nunca termina.

### CAPÍTULO III. Castigo digno del herrero establecido por el juicio divino.

Aquí ciertamente vuelve a la memoria lo que recientemente me relató Pedro de Burgo, un hombre ciertamente ilustre: Hay, dice, un herrero en la región que se llama Pilónico, muy hábil en el arte de los martillos, y muy conocido en la fabricación de lanzas y flechas: despreciando, por supuesto, las herramientas y utensilios que son adecuados para las necesidades de los hombres, se deleitaba en afilar aquellos que son aptos para infligir heridas y muertes de guerreros; de modo que ya no era pequeño el número de aquellos que habían caído en combate por sus ineludibles espadas. Este, cuando alguna vez cayó no gravemente herido en el pecho, ya que estaba lejos de su hogar, fue acogido en una casa ajena: donde curó la pequeña herida con la diligencia de la industria médica, hasta que, recuperando un poco las fuerzas, se recuperó del malestar. Enviando un vehículo por su esposa para que regresara a su hogar, un hombre alegre se levantó; pero, ¡digno de asombro milagroso! dejó todo su brazo con el hombro en el lecho; y, para que escuches algo inaudito, no sintió entonces ninguna molestia de dolor, sino que, maravillado como si fuera ajeno, se encontró de repente débil, y vio su brazo convulso tirado a cierta distancia. Sin duda, por el justo juicio de Dios, sucedió que de repente perdió el brazo con el que había fabricado armas de muerte repentina, y donde no sufrió herida, allí se encontró herido, quien a menudo había herido a muchos con una herida imprevista por el ingenio de su arte mortal.

### CAPÍTULO IV. Amenaza de juicio terrible.

Para que el discurso vuelva a lo que comenzó, cualquiera que se avergüence de recibir la disciplina por la desnudez de su cuerpo, sin duda huyó de la vista de Dios que pasea en el paraíso con Adán, y se le convence de reírse [f. burlarse] del suplicio de Cristo crucificado; y no sigue a aquel que, para liberarnos de la maldición, se hizo maldición (Gal. III); sino que imita más bien a aquel que ve a todos desde lo alto, y él mismo es príncipe sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI). Aquel ciertamente está vestido de gloria, de quien se dice por el profeta: «Toda piedra preciosa es tu vestidura (Ezequiel XXIV);» pero por la arrogancia del orgullo elevado cayó en confusión eterna. Este es aquel cuyo oprobio confiesan unánimemente tanto los perseguidores como los seguidores. Aquellos, ciertamente, insidiándose, dicen: «Condenémoslo a muerte vergonzosa (Sab. II);» estos, arrepentidos, claman: «Nosotros lo consideramos como leproso y herido por Dios y humillado (Isa. LIII).» A estas palabras ya el profeta había añadido: «No había en él ni apariencia ni hermosura: y lo vimos, y no había aspecto; y lo deseamos despreciado, y el último de los hombres, varón de dolores, y conocedor de la enfermedad, y como escondido está su rostro y despreciado; por lo cual no lo estimamos (Ibid.).»

Di, pues, quienquiera que seas que te burlas con soberbia de la pasión de Cristo, que, despreciando desnudarte y ser azotado con él, te burlas de su desnudez y de todos sus suplicios como si fueran tonterías y delirios de sueños; ¿qué harás cuando veas a aquel que fue públicamente desnudado y colgado en la cruz, resplandeciente en el esplendor de su majestad, rodeado por todas partes de huestes angélicas, envuelto en la inmensidad de un esplendor incomparable, y glorioso sobre todas las cosas visibles e invisibles de manera inefable? ¿Qué, digo, harás cuando veas a aquel cuya ignominia ahora desprecias, sentado en el trono excelso de su tribunal de fuego, y juzgando terriblemente a todo el género humano

con el recto examen de la equidad? Entonces el sol se oscurecerá, la luna se envolverá en tinieblas, las estrellas caerán del cielo, los cimientos de los montes temblarán, los cielos resplandecerán con rayos tristes, la tierra y el aire arderán con llamas furiosas en lo alto, y todos los elementos se confundirán (Mat. XXIV); y tú, adornado, tú vestido con suavidad y decoro, ¿qué harás dentro de esto? ¿Con qué rostro, con qué audacia de presunción esperarás participar de su gloria, de quien despreciaste llevar el oprobio y la ignominia?

CAPÍTULO V. Que las heridas de Cristo son medicinas para nuestros sentidos.

¿Quién te agregará, delicado y tierno, al colegio de los mártires, en cuyos cuerpos se verán en gloria no solo las marcas de las varas sino también las cicatrices de innumerables heridas? Cristo no se avergonzó de la ignominia de la cruz; y tú te avergüenzas de la desnudez de tu carne podrida que será devorada por los gusanos. Él es desnudado, azotado, atado con cadenas, cubierto de escupitajos, su carne es perforada con cinco heridas, para que seamos curados de la irrupción de los vicios que entran en nosotros a través de los cinco sentidos; y tú, lascivo, tú ungido, tú petulante y tierno, no quieres que el tesoro de tu carne sea descubierto ante los hombres, para que no se deba considerar mortal o terrenal, ¡Dios no lo quiera! sino algo grande. El apóstol Pablo es azotado públicamente tres veces con varas, y no teme; cinco veces recibe cuarenta menos uno en juicio, y se alegra; además, dice que se goza en el frío y la desnudez (II Cor. V). Pedro con todos los coapóstoles es azotado, maltratado en el concilio de los fariseos; y todos se glorían y se regocijan, porque Jesús los consideró dignos de sufrir oprobios por su nombre (Hechos V). David, despojado de sus propias vestiduras y ceñido con un efod de lino, salta con todas sus fuerzas ante el arca del Señor; y no busca su propia gloria sino la de Dios, y desviándose de la gravedad del genio real, se regocija en honor del Dios omnipotente. A quien Mical: «¡Cuán glorioso, dice, ha sido hoy el rey de Israel, descubriéndose ante las siervas de sus siervos! y se ha desnudado, como si se desnudara uno de los bufones (II Sam. VI).» La hija del rey soberbio no pudo soportar la humildad del hombre, y por eso no reconoció la gloria de la desnudez que servía al Señor.

Por lo tanto, merecen tener tal maestra quienes sostienen que su carne no debe ser desnudada ante los hermanos. Y puesto que estos, secándose en la raíz de la soberbia, nunca producen fruto espiritual, les corresponde merecidamente lo que también la Escritura testifica sobre aquella, diciendo: «Por tanto, Mical, hija de Saúl, no tuvo hijo hasta el día de su muerte (Ibid.).» Pues estos merecerían ser rechazados por vosotros con severidad, como David quebrantó a aquella con sus respuestas: «Vive el Señor, dice, que danzaré ante el Señor, y me haré más vil de lo que he sido, y seré humilde a mis propios ojos (Ibid.).» A quien ciertamente Mical junto con sus discípulos que viven delicadamente, de alguna manera el Señor dice por Isaías. «Y ahora escucha esto, delicada y que habitas confiadamente, que dices en tu corazón: Yo soy, y no hay más que yo, no me quedará viuda, y no veré la esterilidad; vendrán sobre ti estas dos cosas de repente en un solo día, esterilidad y viudez (Isa. XLVII).» David ciertamente, para que anduviera desnudo, fue impulsado por el Espíritu Santo que estaba en él; pero Mical, aquel poseedor paterno, para que lo reprendiera insolentemente, lo incitó. De quien ciertamente se dice: «Que el espíritu malo del Señor se apoderó de Saúl (I Sam. XVI).» Por lo tanto, sin ninguna duda, se debe creer que el Espíritu divino provoca a aquel que se desnuda humildemente en honor de la cruz de Cristo, y aquel se eleva en la arrogancia del orgullo con el espíritu del soberbio Saúl, quien se niega a despojarse para participar con Cristo crucificado. Esta soberbia ciertamente lo separó tanto del mismo autor de la humildad, que ni siquiera Samuel pudo obtenerle el perdón.

El ilustre profeta Isaías es ordenado por el Señor a andar desnudo públicamente ante todo el pueblo, y el monje, que, por así decirlo, no es igual al peso de una moneda, se avergüenza de

desnudarse ante pocos hermanos: «Ve, dice, quita el saco de tus lomos, y descalza tus pies;» y enseguida se añade: «Y lo hizo así, andando desnudo y descalzo (Isa. XX).» Y es de notar que no se trata de un delicado lino, no de un fino estambre; sino, dice, quita el saco de tus lomos. Para que, a partir de la suavidad de la vestidura, comprendas cuán delicadamente, cuán suavemente vivieron aquellos a quienes incluso bajo la ley antigua llenó el Espíritu de verdad. Por lo tanto, ni los reyes ni los profetas, ni el Salvador, ni los apóstoles temieron desnudarse, cuando el orden de la persecución lo exigió; y tú, como un delicado del Señor, temes ser visto desnudo, ¡no sea que te fascinen los ojos de los que te ven! Y en verdad tus hermanos son los polluelos de los cuervos que se glorían en llevar el oprobio de su Señor; tú, como se dice, hijo de la gallina blanca, te alegras de aparecer adornado y brillante. Pero mientras desprecias con soberbia la negrura de los cuervos, incurres en la blancura de la lepra que la antigua ley denuncia.

#### 711 CAPÍTULO VI. La vileza y el hedor de nuestro cuerpo.

Vamos, hermano, ¿qué es esta carne que con tan diligente cuidado cubres con vestiduras, y como si fuera descendencia real nutres suavemente? ¿No es acaso una masa de putrefacción? ¿No es un gusano, polvo y ceniza? Ni siquiera este, que ahora es, es considerado por el sabio, sino que más bien es digno que se considere la podredumbre, el veneno, el hedor y la inmundicia de la corrupción obscena que será después. ¿Qué gracias te darán los gusanos que devorarán las carnes que has nutrido suavemente y con dulzura? Vamos, digo, ¿por qué sufrió Cristo? ¿Acaso para lavar sus propios delitos y borrar los pecados de sus excesos? Pero escucha a Pedro diciendo de él: «Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (II Pedro II).» ¿Para qué, entonces, sufrió? Aún Pedro mismo responde: «Cristo, dice, sufrió por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas (II Pedro II).» Cristo, por lo tanto, sufrió primero, a quien inmediatamente siguieron los apóstoles, cuyas huellas también se nos manda imitar, como dice uno de ellos: «Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (I Cor. XI).» ¿Para qué, entonces, leemos que Cristo sufrió, sino para que sigamos su ejemplo de cerca?

Obsecro, pues, a vosotros, amadísimos, que cerréis vuestros oídos a los perversos silbidos de los que hablan como serpientes, y que los mantengáis vírgenes en la simplicidad de Cristo Jesús, pobre y crucificado; rechazad de vuestra boca la copa dorada de Babilonia y el cáliz de la ira de Dios, que os es ofrecido con suavidad; evitad los venenos pestilentes de los soberbios y de los que adulteran la palabra de Dios. De ellos dice el Apóstol a Timoteo: «Evita las profanas y vanas palabrerías: porque mucho avanzan hacia la impiedad; y su palabra se extiende como un cáncer (II Tim. II).» No sea que a vosotros y a mí, ¡Dios no lo quiera!, nos ocurra el doble temor que el Apóstol menciona en diferentes lugares: «Temo por vosotros que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos y caigan de la simplicidad que está en Cristo Jesús; pero temo por mí que haya trabajado en vano entre vosotros (Gen. III; II Cor. XI).» De ellos también dice: «Porque estos pseudoapóstoles son obreros engañosos, que se transforman en apóstoles de Cristo, cuyo fin será conforme a sus obras (II Cor. XI).» Por tanto, que la mente santa no tema participar en la cruz de Cristo en los azotes, ni se avergüence de su ignominia en la desnudez del cuerpo, cuando él mismo dice: «Quien se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su majestad, y en la del Padre, y de los santos ángeles (Luc. IX).» Nunca, en verdad, se avergüenza de la desnudez de su cuerpo quien con clara visión de la mente contempla las recompensas futuras de la retribución, ni teme la aspereza volátil de los azotes quien prudentemente considera la dulzura eterna que le será compensada. ¡Oh, cuán agradable! ¡Oh, cuán insigne espectáculo! cuando el Juez supremo desde el cielo

observa, y el hombre se somete a sí mismo en lo más bajo por sus delitos. Donde el mismo culpable, presidiendo en los tribunales de su pecho, desempeña un triple oficio; en el corazón se constituye juez, culpable en el cuerpo, se alegra de presentarse como torturador con sus manos; como si el santo penitente dijera a Dios: No es necesario, Señor, que ordenes castigarme con tu oficio; no conviene que me golpees con la venganza de un justo examen; yo mismo me impongo las manos, yo mismo tomo venganza de mí, y doy a mis pecados su merecido. Y esto es, en efecto, lo que el apóstol Pedro advierte, diciendo: «Ninguno de vosotros sufra como homicida, o ladrón, o maldiciente, o codicioso de lo ajeno; pero si es como cristiano, no se avergüence (I Petr. IV).» En verdad, donde esto ocurre, los demonios huyen, y lo que se hace para la gloria de Cristo y su ignominia, temen verlo. A este espectáculo, por el contrario, asisten los ángeles, que se alegran por el pecador convertido (Luc. XV); y esto lo anuncian gozosos a Dios, cuando ya el Juez invisible lo contempla con deleite. Esta es la ofrenda que se sacrifica viva, es llevada a Dios por los ángeles; y así la víctima del cuerpo humano se mezcla invisiblemente con aquel único sacrificio que fue ofrecido en el altar de la cruz; y así en un solo tesoro se guarda todo sacrificio, a saber, tanto el que ofrece cada miembro, como el que ofreció la cabeza de todos los elegidos.

Bendito sea el nombre del Señor.